

LA CAIDA DE JULIO

JOSE Manuel, el hermano mayor de Julio, y Angel, el menor, impedían que pasáramos a verlo en la caja, por expreso deseo de sus padres, según nos dijeron, a los que éramos amigos suyos de la misma o parecida edad. Lo que yo alcancé a distinguir desde el pasillo sólo fue, a la altura del mentón, el borde de la sábana blanca con que le habían amortajado.

—Cómo estará de destrozado —comentó alguien a nuestro lado cuando bajábamos a la calle por la escalera atestada de gente que esperaba recostada en la pared—, que no le han podido poner ninguna prenda de vestir...

Creo que Matías se encontraba bastante afectado por el hecho mismo de la muerte de Julio. Estaba callado —él que era tan locuaz—, con señales claras de abatimiento en la expresión de los ojos y en la contracción artificiosa de la cara, sobrecogido aún por el efecto de la noticia que otros amigos nos comunicaron yendo de casa en casa, impresionados a su vez por el repentino y doloroso suceso. A mí, sin embargo, me hacían sentir un sordo encono las desgarradoras circunstancias en que se había producido. De pie frente a la puerta de la casa, en la acera en sombras, rodeados de un gentío que parloteaba incansablemente, aguardábamos ambos en silencio el momento de la partida del cortejo fúnebre.



A Julio le conocíamos desde niños. Aunque él era uno o dos años mayor que nosotros, de los siete que duraba entonces el paso de la enseñanza media a la superior, cinco por lo menos fue compañero nuestro de curso. Matías y yo éramos, pues, de los amigos cuyos recuerdos comunes de la infancia constituyen la armazón sobre la que se montan las experiencias posteriores de la vida. Juegos, riñas, lloros, rivalidades, camaradería, afectos y rencores, todo había sido compartido por nosotros durante largo tiempo, en un momento de la existencia que la memoria preserva en toda su vívida nitidez.

Del carácter de Julio lo que más apreciábamos era su permanente buen humor. Pasábamos ratos muy agradables en su compañía. Poseía una endiablada habilidad para construir chocantes juegos de palabras, y los engarzaba unos con otros apurando tanto su fondo de hilaridad que la mayoría de las veces lograba hacer que nos abogáramos a carcajadas. Su venero de fantasía para idear situaciones o personajes disparatados era inagotable. Con su diestra imaginación, en los infinitos momentos de tedio de nuestra pubertad sólo él era capaz de abuyentar de nuestras frentes indefensas el torvo acoso de la melancolía.

Le apasionaban los deportes. En las horas de clase de educación física, en el tiempo de recreo o en época de vacaciones, se dedicaba a practicar diversas especialidades atléticas, carreras, salto de longitud y levantamiento de peso preferentemente. Era invencible en cien metros lisos y en triple salto. En los partidos de fútbol le gustaba ocupar la demarcación de extremo izquierdo porque era zurdo, y ese puesto le ofrecía además la posibilidad de emplear con éxito su extraordinaria punta de velocidad. Pero, por eso mismo quizá, sus centros desde el extremo de la banda eran o demasiado largos o demasiado altos, y no jugaba al fútbol con asiduidad. Ya adolescentes, se complacía en hacer alarde de sus dotes físicas. Sobre todo, en saltos. Cuando deambulábamos ociosos por las calles, en una esquina un barandal metálico protector de peatones, en un parque un seto, un banco o un parterre de flores eran inesperadamente salvados por él de un elástico salto. Y, según se dijo, a un salto temerario era verosímil atribuir la causa de su muerte.

Julio era mal estudiante. Me contaba en confianza que a su madre las notas que llevaba a casa le irritaban enormemente. “¿Y tu padre cómo reacciona?”, le preguntaba yo. Se ponía serio, y mordiéndose las palabras me respondía lacónicamente: “Me castiga”. José Manuel, su hermano ma-



yor, sacaba adelante con aceptables notas la carrera de perito industrial. Por su parte, Angel, el menor, iba saliendo airoso de los primeros cursos del bachillerato. Aun con sus otros hijos, los "normales", Manuel Aparicio el padre, o Aparicio, como todo el mundo le llamaba, incluso su propia mujer, por su apellido, porque a todo el mundo causaba gran respeto su abrupta adustez, aun con ellos se excedía en severidades. Julia, la madre, veía justificado que su marido riñese ásperamente a sus hijos y de lo único que se preocupaba cuando llegaba la ocasión era de cerrar bien todas las puertas para que los violentos gritos de Aparicio y el llanto de alguno de los muchachos no traspasaran las habitaciones de la casa y no fueran oídos por la distinguida cohorte de clientes de su salón de belleza.

A Manuel Aparicio le aterraba la idea de que Julio hubiese salido a su cuñado Bernardo, solterón, parásito de sus suegros, los acomodados Guillot, histrión de tertulias, caricato y rapsoda circunstancial en festejos de barrio. Pero cuando Julio abandonó los estudios por voluntad propia y solicitó de su padre que le permitiese estar de ayudante en su céntrico taller de radio y televisión, enseguida demostró diligencia y amor al oficio. Ramón, Carlos y Braulio, los instaladores que el día de su muerte estaban con él aparejando una antena colectiva, pronto fueron ganados por la jovialidad de aquel hijo del jefe que a la primera salida que habían hecho juntos les había tratado sin ninguna clase de prejuicios, como a iguales, sin guardar las distancias. El que Julio rehusara seguir estudiando y se conformara con aspirar a ser un peón más del ejército de obreros del negocio paterno, su madre y su hermano José Manuel lo consideraron una humillación, el desprestigio social de la familia. Sus amigos sabíamos que las odiosas discusiones familiares de los días festivos a la hora de la comida del mediodía incidían una y otra vez en echárselo en cara por un lado al hijo por ser como era, por el otro al padre por aceptarlo como un mal menor. Y lo sabíamos porque cuando pasábamos por su casa a recogerle para ir juntos al cine, notábamos a Julio dominado por una tensión interior que le atenazaba la sonrisa.

Julio no iba a menudo con chicas. Tenía, no obstante, muchas amigas. A ellas también les fascinaba su conducta excéntrica, aunque en su presencia se recataba mucho y no mostraba todas las facetas de su carácter como solía hacer cuando estaba entre amigos. Meses antes de morir conoció a Gloria. Por entonces se estaba produciendo en él un cambio psicológico. Su alegre irresponsabilidad de los tiempos del colegio se estaba trocando en



causticidad despreocupada. Nosotros lo achacábamos a la marca del nuevo ambiente en que estaba obligado a desenvolverse cada día a causa de su trabajo. Gloria lo acogió al principio con cierto afecto, pero como Julio parecía empeñado en hacerse daño a sí mismo a cualquier precio, se ponía insufrible cuando nos reuníamos por la tarde y ella acabó por desinteresarse de él. Después alguien nos dijo que ella había terminado por convertirse en la amiga habitual de Ramiro Navarro, un compañero de estudios de José Manuel.

Mis pensamientos sobre Julio se interrumpieron cuando el féretro que contenía sus despojos mutilados fue sacado al aire de la calle surgiendo de la penumbra del zaguán.

Nunca me pareció convincente la versión que se dio de su fallecimiento. Era demasiado acomodaticio presentar nada más que como un fatal accidente su caída al vacío desde la azotea al patio de luces de un edificio de nueve pisos.

